

## Culturas campesinas, garantía del desarrollo sustentable.

Guillermo Gutiérrez

Este artículo se publicó resumido y traducido al inglés en CULTURELINK/Special Issue 2000 – Culture and Development vs. Cultural Development. IMO, Zagreb, 2001.

Resumen. Es urgente que el desarrollo se transforme en un proceso sustentable. En la actualidad sufrimos las consecuencias de políticas que consideraron que la naturaleza era un “barril sin fondo” del cual se podía extraer recursos y arrojar basura en forma indefinida. Estas políticas sirvieron al interés de las empresas transnacionales, y el cientificismo y la tecnocracia operaron como justificadores de esas prácticas irracionales. Se desconoció la sabiduría que por siglos elaboraron las poblaciones campesinas e indígenas, que fueron víctimas de la depredación y la explotación irracional. Hoy, las masas de los países depredados se rebelan, expresándose tanto en manifestaciones fundamentalistas de la religión y el nacionalismo, como en la migración hacia los países que mantienen privilegios. A la vez, se da una conflictiva relación entre las culturas locales que pugnan por mantener sus identidades, y la globalización. Es necesario que, en el diseño de desarrollos sustentables, sea revisado el paradigma cientificista y tecnocrático; y que se vuelvan a considerar las culturas campesinas como el reaseguro aún vigente de modelos de escala humana. Para ello no sólo es necesario la revalorización simbólica, sino también generar prácticas que garanticen a los campesinos la calidad de su vida y su ambiente.

### 1. Desarrollo sustentable, el punto crítico

La problemática del desarrollo sustentable se ha convertido en la gran agenda de esta época. No es para menos: la humanidad comprueba cuán frágil es el ambiente que soporta su existencia del cual, a la vez, tiene que extraer cada día más recursos para sobrevivir.

Científicos y planificadores construyen modelos predictivos sobre el calentamiento global, el reemplazo de combustibles fósiles, y otros muchos temas estratégicos. Mientras tanto, millones de personas está sintiendo ya, hoy en día, los efectos del uso indiscriminado de la naturaleza.

Se trata de la falta de comida y agua, de la basura que se desparrama por el campo y las ciudades, de las nuevas enfermedades que asolan las poblaciones. La pobreza a escala mundial no sólo se mide por la falta de fuentes de trabajo, sino también por el sufrimiento de sociedades enteras, alcanzadas por los impactos de este deterioro del ambiente.

Los economistas y los gobernantes reducen el problema: para ellos la pobreza es básicamente la falta de empleos, y se mitiga con medidas adecuadas de asistencia. Las organizaciones ambientalistas tratan de reducir la contaminación, de limitar la pesca costera o cuidar la fauna silvestre. Y con miradas compartimentadas, las sociedades caminan hacia la incertidumbre: sin los medios básicos de la subsistencia, las masas hambrientas, como las hormigas del Amazonas, avanzan hacia las fuentes de recursos disponibles. Previsiblemente, Europa levanta alambradas en Ceuta, Estados Unidos construye muros en su frontera con México; los países industrializados en conjunto siguen derivando sus industrias contaminantes hacia el Tercer Mundo,

en la vana ilusión de que las fronteras políticas sean también límites para los efectos del uso desenfrenado del aire, los cauces de ríos, los mares y las tierras fértiles.

Ninguna de estas problemáticas comenzará a resolverse desde perspectivas compartimentadas o reduccionistas. La compensación por la emisión de carbono en el norte mediante forestaciones en países del sur, en tierras que los campesinos preferirían destinar a la siembra de tubérculos o cereales; o la campañas contra los aerosoles para detener la destrucción de la capa de ozono, son algunos de los múltiples ejemplos de las propuestas desconectadas con el problema como cuadro integral.

Los enfoques puramente económicos, políticos o diseñados desde la ecología serán siempre reduccionistas; y así como en la reconstrucción de Europa, luego de la segunda guerra, los planificadores incluyeron filósofos en sus equipos, ahora se debería plantear el desafío del desarrollo sustentable colocando en el centro a la *reflexión y la investigación cultural*, como marco de articulación y variable determinante.

El punto de partida de esta afirmación es la novedosa situación que vive hoy la humanidad: las fronteras se diluyen, y se establece una peculiar relación entre las poblaciones tomadas como entidades locales y la globalización. Y esa relación se construye entre conflictos y armonías, en una dialéctica que ya no permite el aislamiento, el separarse “del otro”, pero que a la vez está atravesada por un conflicto que en ocasiones se establece como tragedia.

Entonces, la discusión sobre la sustentabilidad es necesariamente limitada si se construye como un modelo abstracto. Los tecnócratas de los organismos internacionales, las “conferencias internacionales de las partes”, y otras instancias académicas, elaboran contribuciones importantes, pero no suficientes. Sus resultados suelen ser fórmulas escindidas, en las que los fenómenos políticos, sociales, económicos no se vinculan con las consecuencias de las viejas medidas de desarrollo, que en menos de un siglo causaron el deterioro del ambiente que hoy estamos sufriendo.

La primera aproximación a esta problemática, desde un marco cultural totalizador, es comprender hasta qué punto diversas expresiones que se registran a nivel local son reacciones sociales ante el impacto globalizado del deterioro ambiental.

Las consecuencias de las prácticas no sustentables, cuyo efecto visible es la creciente escasez de recursos, está generando, paulatinamente, conciencia de que la actividad extractiva irracional esquilda las riquezas en todo el planeta, para concentrar sus beneficios en los países centrales.

La pobreza resultante de ese proceso se traduce en conflictos cada vez más graves, que van superando las reivindicaciones inmediatas y encuentran formas más complejas de expresión.

Aún en las más remotas aldeas, la gente cobra conciencia de la dualidad de sus vidas: están atrapados entre un mundo tradicional y de límites precisos y visibles, y el mensaje planetario que, a la vez, invade sus hogares a través de la televisión satelital y las marcas de ropa y hamburguesas.

La existencia cotidiana se desenvuelve entre dos categorías opuestas: la reafirmación de las identidades particulares, y la globalización. Como

expresión extrema, diversas reivindicaciones étnicas y religiosas resurgen violentamente desde la noche de los tiempos, confrontando y a la vez conviviendo con la expansión planetaria de la INTERNET, la CNN y las transacciones financieras sin frontera.

En América, la conmemoración de los quinientos años de la llegada de Colón a estas tierras propició la revalorización de los primeros pobladores como entidades con peso propio, y sacó a la luz pública aspiraciones reprimidas durante cinco siglos. Pero a la vez, los estados latinoamericanos expresaron, como nunca, el nivel de dependencia que los une a la potencia hegemónica, los Estados Unidos, mostrando hasta que punto las sociedades nacionales comienzan a diluirse.

El grito desgarrador del Ejército Zapatista en Chiapas expresó la reafirmación de la identidad ancestral, pero no fue suficiente para detener el acuerdo NAFTA entre México, Canadá y Estados Unidos, ni pudo impedir que comandante Marcos se convirtiera en material de consumo mundial a través de la CNN.

En el extremo trágico de los ejemplos tenemos a Kosovo o Chechenia, o la experiencia de Afganistán, donde el rechazo al modelo externo y globalizado está llevando a que una parte de la población, los hombres, sometan a genocidio a la otra parte, las mujeres, suponiendo que, con esta metodología, reafirman sus valores tradicionales.

Esta dialéctica entre afirmación de identidades particulares y globalización es a veces presentado como la exteriorización de viejas irracionalidades; es la versión reduccionista de las empresas transnacionales, que ven amenazados sus negocios de escala global; también los tecnócratas los reducen a expresiones de barbarie o retroceso.

Sólo un enfoque cultural totalizador alcanza a comprender que estos procesos son emergentes de la desesperación. Son, en verdad, expresiones de la crisis de perspectivas, la incertidumbre por la supervivencia, que van alcanzando a sectores cada vez más vastos de la humanidad.

En el fundamentalismo indigenista, en el nacionalista, o en el religioso, subyace la identificación de Occidente como gran culpable de las prácticas extractivas salvajes de las grandes empresas capitalistas. Estos fundamentalismos son la "punta del iceberg" de una rebelión más generalizada, que también se exterioriza en las migraciones masivas, o las formas de violencia que conmueven a las grandes ciudades del mundo.

## 2. La certeza científicista desconoció los conocimientos tradicionales como cultura de la sustentabilidad.

La conflictiva relación entre las poblaciones que defienden su identidad particular y su inevitable inserción en la cultura globalizada no surgió de la nada; es una consecuencia de las diversas formas en que esa entidad que en general llamamos "Occidente" construyó su expansión, y usufructuó de los recursos naturales disponibles a escala mundial.

La expresión de este proceso, en el pasado reciente, la encontramos en la forma en que la razón positivista depositó una confianza sin límites en la ciencia y la tecnología, considerándolos mecanismos suficientes para el

aprovechamiento ilimitado y sin riesgos de la naturaleza. El paradigma cientificista nunca dudó de su eficacia; y jamás se interrogó sobre la forma en que cada cultura local supo hacer uso del ambiente, por milenios, con un criterio sustentable.

Esos mecanismos no funcionaron bien. Sólo beneficiaron a los conglomerados empresarios que extrajeron, contaminaron y devastaron.

El paradigma cumplió un único rol: el de proveer la justificación para la explotación irracional. También fue un justificador del aumento de la pobreza de las poblaciones involucradas, de su éxodo obligado, adjudicándoles el carácter de "resistentes al cambio", de "falta de espíritu empresario".

Uno de estos procesos, y tal vez el causante de la profundización de la pobreza de los campesinos de diversas latitudes, fue la llamada "revolución verde".

Durante su auge, sus sostenedores imaginaban que la tecnología y los agroquímicos solucionarían los grandes problemas de la producción de fibras y alimentos; con el apoyo de extensionistas y profesionales, el campesino podría especializarse en un determinado cultivo, aumentar su productividad e incorporarse en plenitud al mercado.

Los campesinos que asumieron esa propuesta quedaron desestructurados: atrapados por el crédito al que debieron recurrir para incorporar insumos y tecnología externas, perdieron valores centrales de la cultura campesina: la autosuficiencia como objetivo prioritario, la diversificación, su baja dependencia de insumos externos, sus técnicas tradicionales de sostenimiento del equilibrio ambiental, el trabajo familiar como eje de la producción (y por lo tanto de la ocupación de mano de obra).

Esta pérdida llevó a muchos de estos campesinos a la liquidación de sus tierras y al éxodo; otros, aún permaneciendo, forzaron sus campos para responder a las demandas de mercado, con graves consecuencias agroecológicas, culturales y sociales.

Vandana Shiva denominó a la Revolución Verde "El milagro de los problemas". Comenzaba con una frase memorable: *"En agricultura, también, la mentalidad monocultural crea el monocultivo"*.<sup>1</sup>

En la perspectiva de V. Shiva, la estrategia central de la Revolución Verde se centró en incrementar granjas de monocultivo con utilización de insumos externos, en detrimento de la producción diversificada. Los "éxitos" estarían dados por evaluaciones no realistas sobre lo que significa el *"alto rendimiento"*: *"...La medición de los rendimientos y de la productividad en el paradigma de la revolución verde está dissociada de la visión de cómo los procesos de incrementar la producción afectan a aquellos que sostienen la condición de una producción agrícola"*. Las consecuencias de la Revolución Verde fueron un *"sacrificio consciente"* de los usos múltiples de la biomasa, con consumo no sostenible de fertilizantes y agua; se desplazó la diversidad genética; se rechazó y desvalorizó el conocimiento campesino; se destruyó la diversidad forestal en favor del monocultivo. Por otro lado, dice Shiva, *"las estrategias de supervivencia financiera determinan el concepto de 'rendimiento sostenible' que está en contraposición con los principios de sostenibilidad biológica...la reducción constante del diámetro de las clases explotables lleva a un suicidio biológico y a una destrucción total de los bosques"*. Finalmente, las *"variedades milagrosas"* que desplazaron las tradicionales y erosionaron la diversidad *"actuaron como mecanismos para introducir y aumentar las plagas"*, con lo que

el verdadero milagro fue aumentar el consumo de plaguicidas. Estas son los devastadores resultados que la Revolución Verde legó al mundo en nombre de la seguridad alimentaria, concluye V. Shiva.

Numerosos estudios de caso ratifican estas afirmaciones. Las políticas “modernizantes” que impulsaron a los pequeños productores a incorporarse a los circuitos de mercado mediante las prácticas enjuiciadas por Vandana Shiva en el texto citado, los empujaron a un mayor empobrecimiento y acarrearón la degradación del medio ambiente.

En esa lógica economicista, si el campesino quiere transformarse en un productor comercial, debe especializarse, comprar insumos y tecnología externa. En la mayoría de los casos, las consecuencias han sido pérdidas de fertilidad del suelo, por malos manejos o sobrecarga de animales; pérdida de biodiversidad; y también pérdida en términos económicos y culturales.

La orientación hacia el mercado, cuando implica el uso descontrolado de agroquímicos y tecnología, conduce al endeudamiento y a asumir cargas financieras a las que en general es difícil responder. Este uso descontrolado, y muchas veces innecesario, no se origina en la irracionalidad del campesino sino en la hegemonía cultural que detentan extensionistas y profesionales del agro; se trata de una batalla desigual entre “el que sabe”, convalidado por la cultura dominante, y el que “no” sabe.

### 3. El cientificismo aplicado a la administración de los recursos naturales la continuidad de la lógica colonial

La concepción implícita en la Revolución Verde y el cientificismo aplicado a la administración de los recursos naturales no es otra cosa que la continuidad de la lógica colonial. En los diversos episodios de conquista registrados desde la expansión mercantil de Europa no sólo fueron dominadas las poblaciones; el poder conquistador se expresó con enorme fuerza en la imposición de técnicas de explotación de los recursos, diferentes a las que la gente colonizada utilizó por siglos, durante los cuales fueron construyendo un conocimiento adecuado a una explotación racional de la naturaleza. En América, la destrucción de los cultivos en terraza y la introducción del ganado vacuno resultó en una caída brutal de la producción alimentaria, una de las causales del exterminio masivo de población originaria. También produjo un deterioro de los sistemas agroecológicos que continúa hasta la actualidad. El precario equilibrio entre laderas escabrosas, cultivo en andenes, e integración de múltiples nichos ecológicos que caracterizaron, por ejemplo, a las culturas hidráulicas del Perú, fue destruido por la traslación irracional de los métodos de cultivo de los españoles, y ya no pudo recuperarse.

Sin remontarnos tantos siglos atrás, y en estos comienzos del 2.000, el mismo Banco Mundial ha reconocido este tipo de políticas erróneas. La fuerte autocritica que realizó sobre las políticas forestales que la entidad desarrolló desde tiempo atrás, demuestra hasta que punto la tecnocracia puede causar desastres, en nombre de la racionalidad económica.<sup>2</sup>

El marco de este tipo de “errores” es la confrontación entre un sistema de validación de conocimientos que únicamente reconoce a los generados por el modelo de la ciencia occidental, y la paulatina degradación de los sistemas tradicionales del saber. En estos saberes tradicionales, la naturaleza era un

todo integrado con la presencia humana, y los mecanismos culturales – entre los cuales la caracterización de lo sagrado era un fuerte regulador del uso de esos recursos naturales – garantizaba en gran medida la sostenibilidad. Por el contrario, durante años y en muchos casos hasta el presente, la concepción científicista fue *"... una visión ecosistémica de la ecología, que apuntaba al estudio de los sistemas ecológicos naturales, sin referencias a la presencia humana, o cuando esta existía era simplemente ignorada"*. Esta visión fue ampliamente fundamentada en esa época por Eugene P. Odum, uno de los "padres fundadores" de la ecología contemporánea. *"Era una visión de la ecología retraída a los laboratorios universitarios, y que se mantuvo alejada de las polémicas públicas que comenzaron a fines de la década de 1960, donde se denunciaban ciertos impactos ambientales, los niveles de contaminación o la extinción de especies"*<sup>3</sup>

#### 4. Niveles de sustentabilidad: desde el economicismo a una totalización cultural.

El "desarrollo sustentable" forma parte del discurso de políticos y planificadores. Hasta el presente, la sustentabilidad de la cual se habla está orientada por una sola especialidad, las ciencias económicas. O, mejor dicho, la ideología economicista que, cuando habla de sustentabilidad, se refiere exclusivamente a la sustentabilidad económica. Según esta, cada producción es sustentable en cuanto a perdurar en el tiempo, sin necesidad de subsidios u otras medidas de origen externo.

En términos generales, la visión economicista de la sustentabilidad se detiene en una relación entre recursos naturales y beneficios, que se miden en la llamadas Cuentas Nacionales:

*Las cuentas Nacionales registran las actividades económicas efectuadas por los sectores productivos en un año, pero no incluyen el registro del patrimonio compuesto por los recursos naturales y el hábitat, por lo que el elemento básico para el control del desarrollo sustentable queda fuera de aquel cuerpo central. Puede existir un importante incremento de las actividades productivas basado en la destrucción de una parte importante de su potencial, pero este hecho es sólo evaluado en la faz productiva"*<sup>4</sup>

El cómputo de las actividades productivas que registran las Cuentas Nacionales se basa en los principios de partida doble y en las transacciones efectuadas en el mercado. Todos los procesos que el mercado no capta, no se registran... En tal sentido, se computa la compra y venta de la "tierra" a precios que los mercados establecen, incluyendo a veces el valor de muy pocos recursos naturales "captados" por el mercado, como es el caso de los yacimientos mineros. Los procesos naturales que se desarrollan al interior de los ecosistemas y que significan incrementos o decrementos del patrimonio natural no se computan, *"...ya que no se manifiestan en erogaciones específicas. Tampoco se registran otros recursos, tales como el patrimonio genético, la fauna, la flora no maderable, las funciones ecosistémicas, etc."* (autores citados nota 4).

Este enfoque atiende la sustentabilidad de las explotaciones agrarias o forestales, por un período limitado, pero no avanza en la cuestión esencial,

que es una visión socialmente útil, en la perspectiva de la naturaleza como bien común.

Por el contrario, alcanzar esta perspectiva es plantearse la sostenibilidad como un concepto superior, esto es, cuando se empiezan a tomar medidas vinculadas al sustento de la biodiversidad como un todo.

Consolidar esta posición implicaría varias fases de acción: 1) la referida a los recursos naturales, definidos como la confluencia de determinaciones ecológicas, económicas, tecnológicas y sociales que hacen que un elemento natural opere como satisfactor, directa o indirectamente, de las necesidades humanas. Esta concepción implica que un elemento de la naturaleza se convierte en recurso natural según las relaciones de producción y el sistema social imperantes, que serán determinantes en la idea de la apropiación y el uso sostenible del mismo. Respetar esta concepción es también una afirmación cultural, porque hay muchos “fundamentalismos ecologistas”, cuya defensa extrema de una “naturaleza estática” deja de lado la necesidad de satisfacer las necesidades humanas. Como se señaló en la Conferencia FAO/Países Bajos Sobre Agricultura y Medio Ambiente, *“...el bienestar básico de la población, y en particular la necesidad de satisfacciones nutricionales, es más importante que la pureza ecológica o ambiental, con la condición de que los fallos en esta última no pongan en peligro el bienestar de las generaciones futuras”*.<sup>5</sup>

Finalmente, en un nivel superior, deberíamos encontrar una propuesta verdaderamente planetaria para la conservación de la biodiversidad tal cual la hemos recibido; aún con sus deterioros actuales, con las depredaciones sufridas. Porque la única sostenibilidad factible, en el plazo mediano y en el lejano, es entender la interrelación profunda de la vida en toda la tierra. Ya hemos descubierto que la biodiversidad no es inagotable. Por ello, “el control de la diversidad que aún existe tiene tanto dimensiones éticas como económicas...estamos perdiendo el 1% del bosque lluvioso cada año, 2% de la diversidad de nuestros cultivos de cereales y 5% de nuestra diversidad de razas de ganado. Setenta por ciento de los arrecifes de coral ya no estará antes de la mitad del siglo XXI. dice el trabajo “Confinamientos de la Razón” publicado por RAFI, The Rural Advancement Foundation International.”<sup>6</sup>

##### 5. Un ejemplo de sustentabilidad basado en la cultura integrada.

Hay muchos casos, en la historia de los pueblos campesinos, que demuestran cómo la determinación cultural ha sido una eficaz herramienta de producción sostenible. No es casual que un ejemplo superior de economía rural sustentable sea el ayllu andino, que emerge como un sistema integrado en épocas preincaicas y llega a subsistir hasta la conquista. El ayllu fue una matriz cultural en la que se conjugó tradición, mitología, historia, concepto de calidad de vida, y técnicas. Este modelo de sustentabilidad, dice Nathan Wachtel, se estructuraba como *“una complementación vertical de la economía andina que asociaba las culturas escalonadas desde el nivel del mar hasta una altura de más de 4.000 metros”*.<sup>7</sup>

Un ejemplo citado por Wachtel nos permite entender el sistema. Se trata de la comunidad de los Chupachos, compuesta por unas 3.000 unidades domésticas, alrededor de 12.000 personas: *“...la zona de población densa y la sede del poder político (residencia de los curaca) se ubicaba a un nivel de 3.000 metros de altura: los habitantes durante el día podían trabajar sus campos de tubérculos, a una altura mayor que la de sus pueblos, o sus campos de maíz, inmediatamente debajo de los mismos. También tenían acceso a otros pisos ecológicos por intermedio de colonos (mitmaq) que se instalaban en establecimientos permanentes...no se trataba de migraciones temporales ni de comercio: los mitmaq seguían formando parte de sus comunidades de origen, en las que estaban empadronados y conservaban sus derechos...Cada comunidad se esforzaba por multiplicar estas “islas” de recursos complementarios. En la puna, a tres días de camino, los mitmaq cuidaban los rebaños o explotaban las salinas; ahí se encontraban con mitmaq y rebaños procedentes de otros grupos étnicos, a veces situados a distancias mucho mayores. El mismo esquema se repetía en los pisos de menor altura: debajo de los campos de maíz, a tres o cuatro días de camino, se encontraban tierras cálidas donde se cosechaba el algodón y el ají; más abajo aún, en la ceja de selva, se producía la coca, uno de las plantas andinas de más prestigio por su uso mágico y religioso; finalmente, la selva proveía de madera, miel, plumas, etc. Estos diferentes pisos, al igual que la puna, eran compartidos con otros grupos: los establecimientos periféricos se caracterizaban por la interpenetración pluriétnica de los mitmaq”.*<sup>8</sup>

En otros casos se trataba de grandes grupos étnicos, compuestos por cientos de miles de personas; en estos casos el sistema se repetía ampliado, con mayores posibilidades de ocupación del espacio y el aprovechamiento de otros recursos. Los Lupaca, asentados en el lago Titicaca, establecieron sus mitmaq en la costa, aprovechando los productos marinos, en la selva amazónica, y en las proximidades de materia prima necesaria para la cerámica y otras artesanías. Estas colonias estaban situadas a muchos días de marcha, y compartían también con otros grupos étnicos esos pisos ecológicos. Este modelo de “archipiélago vertical” representa, seguramente, una de las experiencias más exitosas de sustentabilidad económica y agraria, factible a partir de un soporte ideológico y cultural. Este permitía la convergencia entre una determinada concepción sobre el aprovechamiento de la naturaleza y los principios sociales de reciprocidad entre los diferentes actores sociales – que permitía resolver positivamente la rígida estratificación - y redistribución de los bienes, que garantizaba tanto el bienestar material como el sostenimiento del aparato ceremonial que cimentaba el sistema.

Nos interesa destacar que el éxito de estas prácticas de sustentabilidad se entiende no sólo por el sistema de andenería, las obras de irrigación, y el aprovechamiento vertical de las opciones naturales, sino por la integración de un sistema sociocultural, religioso y espiritual, que también tenía una expresión tecnológica articulada. Por eso, la imposición de nuevas ideologías y conceptos religiosos consecuencia de la Conquista fue mucho más destructiva que la misma introducción del ganado vacuno y los cultivos exóticos, y produjo la desestructuración del mundo andino como totalidad.

## 6. La otra cara: revalorizando culturas para obtener beneficios.



Las experiencias campesinas están siendo “descubiertas”, y son revalorizadas ante la alarma generalizada por el deterioro ambiental y sus consecuencias, la falta de comida y agua, el calentamiento global, la pérdida de biodiversidad, y los potenciales efectos sociales de este proceso (migraciones, convulsiones y revueltas, muertes masivas por hambrunas y sed, nuevas enfermedades). El asunto ya trascendió el campo de las organizaciones ecologistas y comenzó a ser consideración política prioritaria.

Si bien ciertos núcleos del poder económico resisten la toma de medidas (especialmente en Estados Unidos), hay muchos efectores políticos y económicos que están tomando en serio el riesgo y la brevedad de los plazos para actuar.

En este nuevo proceso, se ha puesto entre paréntesis la fe ciega de que las soluciones se inician exclusivamente en los laboratorios, y se inició una revalorización de aquellos conocimientos que, a lo largo de los siglos, permitieron a la humanidad convivir equilibradamente con la flora y la fauna. Sin embargo, este súbito interés por la cultura tradicional y su capacidad de rescatar conocimientos sobre la biodiversidad no es precisamente desinteresado. Por el contrario, está dando lugar a un negocio de magnitud similar a la informática: *la biotecnología*.

La materia prima esencial de la biotecnología es el germoplasma, originado en gran medida en los centros de diversidad genética de los países del sur.

Y el mayor repositorio de conocimientos sobre el mismo está, básicamente, en manos de los pueblos campesinos e indígenas. ¿Para qué realizar costosas investigaciones, entre miles o millones de variedades de genes potencialmente útiles, si allí está, al alcance de las multinacionales, la sabiduría acumulada por generaciones de campesinos?. *"Funcionarios del gobierno estadounidense estiman que el valor anual de la contribución de germoplasma del Sur a dos de los cultivos más importantes de Estados Unidos fue al menos de u\$s 10.200 millones. El valor del flujo de genes de cultivos desde los agricultores del Sur hacia otros agricultores del Norte, principalmente vía programas internacionales de cooperación en investigación agrícola, se estima, de manera conservadora, en U\$S5.000 millones anuales. Muchos científicos del Norte reconocen que algunos de los principales cultivos industrializados desaparecerían del todo si no fuera por las infusiones periódicas de genes provenientes del Sur".*<sup>9</sup>

## 7. La cultura campesina, recurso para construir sustentabilidad.

Concentraciones urbanas, industrias gigantescas, comunicaciones planetarias, desarrollo tecnológico en crecimiento exponencial: características de una época, indicadores de un avance al parecer indetenible, pero que evidencia su extrema vulnerabilidad apenas la naturaleza muestra hasta que punto se ha violado su frágil equilibrio. Los entusiastas de la tecnología pueden hablarnos de cómo la ciencia y sus aplicaciones ofrecerán, en el futuro, soluciones sintéticas que permitirán a la humanidad sortear los condicionantes naturales. Es muy probable que sea así; pero, podemos decir, *todavía hay que llegar a esa tierra prometida*. Como citábamos en un punto anterior, por ahora vemos con alarma la disminución acelerada de las superficies boscosas, de los reservorios de agua, de aire respirable y de los suelos apropiados para cultivar alimentos.

Mientras no se resuelva una fórmula distinta, los conocimientos y la cultura de los campesinos siguen siendo los grandes garantes de la sustentabilidad. Sin embargo, esta afirmación puede no ser muy interesante para los mismos campesinos; como expresó un agricultor de Kenia *“Me gusta lo que dice acerca de salvar el medio ambiente...Pero, ¿Qué obtengo yo de eso?”*<sup>10</sup>

Y este es, precisamente, uno de los problemas centrales de los planteos del desarrollo sostenible: construirlo, hoy, implica elaborar y llevar a la práctica el paradigma de revalorización de la cultura campesina y popular, pero no sólo en términos simbólicos, sino como integridad con una propuesta de mejor calidad de vida. Y sobre este paradigma, iniciar la larga marcha de una reconversión cultural a escala planetaria.

Una propuesta de este carácter implica reconocer que una de las grandes fallas que al día de hoy presentan los planteos de desarrollo sustentable radica en que los campesinos del mundo entero se han convertido en un subproducto, apenas atendido en planes de asistencialismo social o como ejemplo de pintoresquismo.

De seguir el actual estado de cosas, **entre un quinto y la mitad de las culturas rurales que existen hoy, estarán extinguidos en la próxima generación.**

Esto significará un desastre en términos de diversidad biológica, no sólo por los conocimientos que atesoran, sino por la esencial interrelación entre diversidad biológica y cultural; la diversidad cultural es el puente a esos conocimientos tradicionales, elaborados a lo largo de siglos como un todo integrado con la conformación de la identidad de cada pueblo o grupo local.

Pero, como dice el campesino de Kenia, ¿qué ganara cada individuo integrante de una cultura campesina por el hecho de ser un conservador de la diversidad biológica y cultural, si a la vez no se le garantiza una calidad de vida adecuada, salud, educación, entretenimiento?

Por ahora, los organismos internacionales y también los diversos gobiernos nacionales ven esta problemática con un enfoque economicista estrecho: la amenaza a los culturas campesinas es exclusivamente la pobreza medida en términos materiales; y esta pobreza, para ellos, es uno de los efectos no deseados de los planes de ajuste estructural que el neoliberalismo impuso a nivel mundial. Por lo tanto, se trata de paliar esta pobreza con diversos planes que van del subsidio asistencialista al crédito blando. La esencia de esta postura es ayudar al campesino, una vez más a reproducir el modelo empresario, lo que indudablemente lo llevará a otro camino sin salida, como ocurrió con la Revolución Verde.

#### 8. No habrá paradigma de sustentabilidad mientras no recuperemos la cultura campesina y popular como modelo de acción.

En la década de los '70 el Club de Roma pregonaba el “crecimiento cero” como solución de “la encrucijada de la humanidad”; hoy, habiendo pasado los 6.000 millones de miembros, el horizonte humano parece mucho más complicado que hace treinta años. La creación de biomasa en los laboratorios, y su transformación en alimentos, o la generación de agua potable o aire limpio, parecen promesas muy lejanas. Seguimos dependiendo de la agricultura y la

ganadería, de las lluvias encauzadas por acuíferos razonablemente limpios, y del oxígeno que producen los árboles.

La agroindustria y la ingeniería genética nos ofrecen soluciones que multiplican la contaminación o los riesgos de mutaciones desconocidas. Pero, además, nos ofrecen un futuro en el que cinco cereales y dos o tres especies animales serán la expresión de algo peor que una alimentación estandarizada: una sola cultura, sin diversidad, sin creación.

Esta sustentabilidad es la que no queremos, porque sería la sustentabilidad de cyber-humanos, la abolición definitiva de la herencia de los miles de años en que fue creada la diversidad cultural.

El pretexto de que miles de millones deben ser alimentados, vestidos y cobijados no justifica la uniformidad, porque ésta es tan sólo un ropaje del totalitarismo y la opresión.

La sustentabilidad que efectivamente será garantía de la vida humana debe tener soporte en un paradigma cultural que defienda la diversidad de los conocimientos, las tradiciones, las creencias, las soluciones tecnológicas que hoy expresan a las poblaciones en la amplitud del planeta; la contracara de esta prodigiosa diversidad - la globalización - debería ser el medio de difusión de esta rica variedad y no, como está ocurriendo, el instrumento de la uniformidad.

La vía de un modelo de desarrollo sustentable que sea de toda la humanidad y no sólo de los ricos y poderosos es un nuevo paradigma cultural, y su fuente está en los que siguen detentando, aún fragmentario y debilitado, los conocimientos esenciales para la continuidad de la riqueza natural y la diversidad biológica y cultural, los campesinos, los indígenas las culturas de los barrios, favelas y chabolas. La globalización es un hecho irreversible; pero también podemos luchar por una cultura planetaria que sea generada *desde* cada una de las formas culturales locales, y no que sólo sirva para venderles la cultura estandarizada, creada en el puñado de monopolios que manejan la comunicación.

Para alcanzar ese desarrollo, debemos volver la mirada a sus culturas ricas y diversas; debemos recuperar la condición de una humanidad campesina.

Bariloche, Argentina. Febrero 2.000.-

Guillermo Gutiérrez

El autor es antropólogo. Dirige la organización no gubernamental *Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana, ICEPH*, cuya principal área de actividades se centra en la Patagonia argentina, con sede en la ciudad de Bariloche. El principal proyecto bajo su coordinación es "Alternativas Productivas y Desarrollo Sostenible en Areas Campesinas de la Patagonia".

#### Notas

<sup>1</sup> Vandana Shiva. extracto del libro *Monoculture of the Mind*. CERES, Vol. 7 N°4, pp. 28. FAO 1995

<sup>2</sup> En la página WEB del Banco Mundial pueden encontrarse estas sorprendentes afirmaciones: "Las prácticas crediticias del BM no protegieron bosques, las políticas forestales fueron implementadas de manera parcial y la entidad fracasó en la ayuda a los pobres del mundo, una cuarta parte de los cuales vive en zonas boscosas...los pobres no fueron una causa importante de deforestación y explotación de madera ilegal, como el banco suponía en 1991...los principales factores de deforestación han sido la demanda de leña para usos industriales, la producción industrial masiva de tablonos para construir viviendas y la demanda internacional de maderas duras".

---

<sup>3</sup> Eduardo Gudynas, CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social). Artículo difundido por Lista de Intercambio LISRURAL, marzo 1999.

<sup>4</sup> H.Sejenovich - G. Gallo Mendoza. Manual de Cuentas Patrimoniales. Ed. Fundación Bariloche/Instituto de Economía Energética, Bariloche 1994.

<sup>5</sup> Documento N° 3 de la citada conferencia. Holanda 1991.

<sup>6</sup> Confinamientos de la razón, pp.5. Anne Gillies, editora. CBDC Programme. The Rural Advanced Foundation International. Canadá 1997.

<sup>7</sup> Nathan Wachtel, La desestructuración económica y social del mundo andino. En Sociedad e Ideología. Instituto de Estudios Peruanos. Lima, Perú, 1973..

<sup>9</sup> Anne Gillies, obra citada.

<sup>10</sup> Citado por Jos van Oostrum en "La agricultura sostenible necesita mercados sostenibles". Boletín de ILEIA. Lima Perú, marzo de 1999.